

mujeres.¹⁶ En silencio, de puntillas, sin hacer ruido, la mujer española ha ido abandonando la Iglesia. De este éxodo callado, quizá la Iglesia no ha tomado hasta ahora suficiente conciencia.

Desiderata

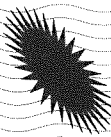
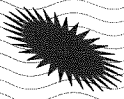
La renovación interna de la Iglesia como pueblo de Dios sólo se logrará cuando se cuente responsablemente con la mujer, con todas sus fuerzas del pensamiento, de la voluntad y del sentimiento. Fuerzas para planificar y decidir, fuerzas del espíritu y del cuerpo, fuerzas del corazón y de la conciencia.

En la medida en que los dones y gracias de la mujer sean aceptados y tenidos en cuenta para la edificación de comunidades por parte de los otros miembros de la Iglesia, especialmente de aquellos que ejercen el ministerio y en la medida en que la mujer se comprometa con todas sus gracias y dones en la Iglesia, crecen las posibilidades de la mujer de hacer una aportación valiosa e indispensable a la reforma eclesial y no quedar al borde de la Iglesia.

¹⁶ O.c., 505.



ars



**AGENCIA
RELIGIOSA
SACERDOTAL**

Avda. Navarra, 3
Tel. 25 51 47
LOGROÑO

**LIBRERIA
ORNAMENTOS
ORFEBRERIA**

Rúa Mayor, 20
Tel. 21 70 41
SALAMANCA

Coso, 120 - 124
Tel. 29 57 84
ZARAGOZA

**DISCOS
CASSETTES
AUDIOVISUALES**



Panorama eclesial desde el Somontano

Rev. Aragon. Teol. 3 (1996)

Pedro Escartín Celaya

Se me ha pedido una aportación sobre la situación pastoral de nuestro Aragón rural. De ahí el título, que requiere una leve explicación.

Voy a contar el panorama que veo, por lo tanto, una visión de líneas generales, en la que los perfiles se difuminan en favor del conjunto. Podría ocurrir que más de uno de mis benévolos lectores (lo de benévolos es por concederme el favor de empezar a leer estas líneas) no encontrara aquí reflejado lo que él hace, conoce o aprecia. Si esto ocurriera, espero que al menos concuerde en que el cuadro no traiciona al paisaje global.

Voy a identificar la imagen de la Iglesia con lo que se hace en el ejercicio pastoral. Podrían utilizarse además de ésta otras tonalidades para pintar el retrato de la Iglesia aragonesa, pero entiendo que la principal misión que tiene encomendada, la que la identifica, es la de evangelizar; pastoreo y evangelización forman un continuo en el que está empeñado el mejor activo que posee nuestra Iglesia.

Y, por fin, no tengo más que una atalaya para otear el horizonte, la de este Somontano de Barbastro-Monzón, donde vivo y trato de servir a mis hermanos. Desde aquí alcanzo las tierras altas del Pirineo y las bajas de la ribera del Cinca. Quedan lejos otras comarcas aragonesas, tan rurales como ésta, pero no tengo de ellas un conocimiento tan directo, ni, en este momento, oportunidad para documentarme con mayor objetividad. Espero, sin embargo, que algo de lo que se diga forme parte también de las señas de identidad de otras comarcas rurales de la geografía eclesial de Aragón.

Desde ésta mi atalaya doméstica y con el apasionamiento de quien se siente comprometido con la misión de la Iglesia en esta tierra hasta hacer de ello el principal motivo por el que merece la pena seguir respirando, voy a intentar siete pinceladas con las que pergeñar el panorama. He de confesar que me han salido siete, al hacer el esquema de lo que creía necesario decir, pero ya que son siete, podríamos pensar que el número tiene algo de plenitud bíblica, que no es mal augurio. Estas siete pinceladas tienen algo de problema, de reto, de urgencia, de dato, de llamada o de tarea; léanse como se quiera; pero espero que no sean leídas con pesimismo. Nuestros pueblos, en esta época que nos ha tocado en suerte, necesitan cualquier cosa menos el pesimismo; a todas luces este momento es el mejor para nosotros, porque en él el Padre ha tenido el detalle de contar con nosotros para seguir salvando a sus hijos que viven en este trozo de tierra. Ea, pues, pongámonos en camino para ir descubriendo, paso a paso, el cuadro en su conjunto.

Del envejecimiento a la despoblación

Del envejecimiento y la despoblación del Aragón rural hablaron nuestros Obispos desde las primeras páginas de su reflexión sobre la pobreza en nuestros pueblos y ciudades¹. Cinco comarcas aragonesas —el Prepirineo zaragozano, Sobrarbe en Huesca, y las Sierras del Maestrazgo, Albarracín y Mora-Gúdar en Teruel— compar-ten el penoso honor de constituir el primer «desierto demográfico» de nuestra Comunidad Autónoma. ¡Menos de cinco habitantes por kilómetro cuadrado!

Esta situación tiende a degradar el componente humanizador de nuestros pueblos, ya que cada vez hay más gentes que pierden las esperanzas de que nuestro mundo rural tenga futuro. Con estos sentimientos se agrava el impacto de la soledad que vienen soportando «personas que han sido protagonistas de la vida de los pueblos y son depositarias de la sabiduría y la experiencia de muchas generaciones»².

No creo ceder a ningún chauvinismo si afirmo que a la Iglesia le cabe la satisfacción de estar entre las instituciones aragonesas que más empeño están poniendo por acompañar a esas personas, por denunciar su situación y por promover iniciativas que la mitiguen. Un importante número de los menguados efectivos del clero aragonés vive dedicado a las parroquias rurales a tiempo pleno, con un matiz significativo: muchos sacerdotes están haciendo de ese servicio una experiencia espiritual de encarnación en la pobreza. El cambio respecto a las actitudes de otras épocas ha de tenerse en cuenta.

Sin embargo, no puede menos de preocupar la repercusión que el condicionante demográfico ejerce sobre la tarea pastoral. El cálido contacto personal que proporciona la vida de los pueblos, precisamente por su tamaño humano, se ve neutralizado por las dificultades para renovar el talante de las comunidades, muchas veces tan esclerotizadas y sin futuro como sus miembros. Los pastores —¿qué otra cosa se puede hacer en muchos casos?— sufren la tentación de instalarse en un trabajo de mantenimiento, a pesar de meritorias y no tan raras excepciones.

Y todavía ha de tomarse en consideración otro reflejo de este estado de cosas: además del cansancio y del natural envejecimiento, la sequía vocacional, que si está afectando con dureza al conjunto de nuestra tierra, es en estos pueblos donde se manifiesta con toda su desnuda crudeza.

Nadie sabe cómo podrán ser atendidos, en un futuro no demasiado lejano, tantos núcleos de población, minúsculos y dispersos. La natural disminución del clero obligará, por los mismos motivos de caridad pastoral y encarnación en las necesidades del pueblo, a derivar los efectivos disponibles hacia los lugares donde puedan ser útiles a un mayor número de personas. ¿Qué habremos de hacer cuando esto llegue?

¹ A los pobres los tendréis siempre con vosotros, 1992, nº 5 y 31. ¿Qué tenemos que hacer?, 1994, nº 3 y 18-19.

² ¿Qué tenemos que hacer?, nº 3.

En ocasiones, se piensa que se va abriendo un camino por la línea de los «animadores de la comunidad»; seglares que asuman el encargo de convocar a la comunidad en ausencia del sacerdote, de animar la oración, de distribuir la eucaristía y de preparar los ánimos para cuando un cura pueda llegar a celebrar los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía y el regalo del perdón. Empiezan a darse tímidos intentos en algunos lugares; pero las dificultades no son pequeñas y la lentitud que se imprime a todos los procesos del mundo rural hace pensar si se llegará a tiempo.

La dimisión de los jóvenes

Las relaciones entre los jóvenes y la Iglesia es uno de los asuntos más problemáticos que tiene planteada la evangelización en nuestra tierra; pero en este mundo rural esas relaciones hielan el corazón de los pastores. Mientras que en los ámbitos urbanos todavía se tiene el consuelo de agrupar a pequeños núcleos de jóvenes, que proporcionan la alegría de ver que existe un «resto», una semilla que anuncia la posibilidad de futuras sementeras; en estos pueblos confluyen dos dificultades que, al fundirse, parece que hubieran provocado una avalancha que viene sepultando los vestigios de sensibilidad hacia lo religioso y lo cristiano plantados en los pocos jóvenes que quedan en nuestros pueblos.

Una es la peculiar pirámide de edades de nuestro Aragón rural. Apenas quedan jóvenes; los pocos que existen, pasan la mayor parte de su vida fuera de los pueblos por razón de estudios, sobre todo a partir de esa edad en la que podrían empezar a aportar una vivencia juvenil de la fe a sus respectivas comunidades; los proyectos de futuro de la mayoría de estos pocos jóvenes no pasan por la permanencia en el pueblo. En estas circunstancias, la estructuración de movimientos juveniles, o simplemente de grupos de apoyo, es tarea harto ardua, paciente y propia de animadores inasequibles al desaliento.

Con esta dificultad se funde la otra: nuestros jóvenes rurales, mal que nos pese y salvadas las excepciones que cada uno conoce, viven en apasionado flirteo o tal vez ya desposados con el vacío de valores. Los Obispos de Aragón se referían a este vacío como pobreza y reto que debían ser afrontados: «Todo lo anterior [otros tipos de pobreza descritos] reclama, como condición para afrontarlo con éxito, la respuesta a una de las carencias más penosas que nos está tocando vivir: el vacío de valores humanos, religiosos y éticos que va marcando el crecimiento de muchos niños, adolescentes y jóvenes de nuestros pueblos y ciudades. Este vacío que, a veces, conduce a actuaciones marginales y, con demasiada frecuencia, orienta la diversión de los jóvenes en una dirección más destructiva que humanizadora. Pero sobre todo es una rémora para una auténtica solidaridad, desafía seriamente nuestra capacidad de reacción humana. La Iglesia se siente implicada en este esfuerzo y ofrece sinceramente su colaboración para superarlo»³. Vacío del que los jóvenes no son

³ ¿Qué tenemos que hacer?, nº 20.

los primeros responsables: «Pero la responsabilidad de ese vacío no está frecuentemente en los que protagonizan tales comportamientos. En la mayor parte de los casos, ellos son víctimas de una intoxicación; respiran un clima en el que no hay lugar para los valores que dan dignidad humana a la persona, mientras prolifera la búsqueda obsesiva del éxito y del bienestar»⁴.

Cualquier animador juvenil de nuestro mundo rural puede certificar el impacto de esta dificultad, cuya superación ha de preocupar a todos los sectores eclesiales y, en lo que estas problemáticas tienen de deterioro de la personalidad, también a otras instancias sociales, desde las APAS a los enseñantes y educadores, pasando, naturalmente, por las autoridades.

No obstante, estamos convencidos de que semejante deterioro no puede ser definitivo, que en algún momento se tocará fondo; pero también se constata con pesar que en la ruta de la secularización y del empadronamiento en la actitud postmoderna, los jóvenes rurales aún están haciendo camino de ida.

Por eso es tan necesario mantener el rescoldo encendido. El trabajo silencioso, casi a la desesperada, de movimientos, grupos de apoyo, iniciativas y voluntariados es emocionante y meritorio; pero tengo la impresión de que debería ser mejor acogido y acompañado por nuestras estructuras pastorales.

De promesas, decepciones y algunas alegrías

El tramo de edad entre los 25 y los 50 años está menos nutrido, en nuestros pueblos, que el de la tercera edad, pero más que el de los jóvenes. Visto desde la vertiente que afecta a la Iglesia, es decir, desde la profesión de fe de las personas incluidas en ese tramo y desde su participación activa en la vida eclesial, el panorama ha ido girando; hubo unas fundadas esperanzas, hay un abultado paquete de decepciones, pero también se van cosechando algunos manojos de alegrías verdaderas. Entre estas edades y un meritorio bloque de personas al borde de la tercera edad, o metidas de lleno dentro de ella, está el activo más sólido de nuestras comunidades, aunque en términos cuantitativos no pase de ser una minoría en relación con los que se dejan ver por la iglesia, y más minoría aún en relación con el conjunto del vecindario.

A mi modo de ver este tramo de edades está integrado por tres bloques de desigual dimensión, que responden a algunos rasgos tipificadores:

Uno, el más numeroso, es el de las personas más asentadas en la vida del pueblo, bien sea por su edad, situación familiar y laboral, e incluso por el arraigo de sus convicciones humanas y religiosas. Representan la cultura adulta dominante, emparentada con aquella cultura tradicional en trance de extinción biológica, pero remo-

⁴ A los pobres los tendréis siempre entre vosotros, n° 26.

zada por el influjo que generaron los impactos ideológicos, renovadores, rupturistas, ingenuos, entusiastas y un poco ajados de la «cultura de los sesenta». Estas buenas gentes observan la vorágine de la «movida» actual con perplejidad y sincera preocupación; desechan cada semana la tentación de «tirar la toalla»; pero en algunos casos han perdido arrestos para seguir tomando parte como protagonistas.

Otro es el de los matrimonios jóvenes, menos numeroso y más «moderno» que el anterior en todos los sentidos. Sus convicciones profundas parecen menos profundas y menos convicciones. En términos generales, se adhieren a unas costumbres menos sexistas y no sé bien si menos xenófobas que las de sus predecesores. Pero también se inclinan con más facilidad que ellos a los «placeres» del buen vivir (confort doméstico, vacaciones lo más exóticas que la economía familiar permite, tácita adhesión al individualismo práctico...). Conjugan un nuevo argot, en el que aparecen la solidaridad, el afecto hacia las propuestas aconfesionales, y una cierta alergia religiosa; les gusta bordear esa línea ambigua entre la no-ruptura con lo religioso y la no-práctica sacramental.

El tercer tipo es el más reducido; de ser adecuada nuestra clasificación, estaría compuesto por todos aquellos profesionales que han sido el sustrato cultural y educativo de los pueblos: maestros, médicos, veterinarios, funcionarios de la administración y otros similares. Digo que *han sido*, porque ahora ya no es tan claro que puedan cumplir aquella función cultural, que en otros tiempos ejercieron, complementaria con la de sus específicas profesiones. Actualmente y gracias a Dios, en los pueblos va habiendo otros vecinos «con estudios»; pero sobre todo, esos profesionales apenas residen en los pueblos. Muchos de ellos viven en la ciudad, trabajan en las cabeceras de comarca con horarios intensivos, y recalán en los pueblos con ocasión de tareas muy concretas. Con demasiada frecuencia, algunos de los profesionales que pululan por el medio rural se desconectan de la problemática de los pueblos, mientras que tienen el ojo puesto en el próximo concurso de traslados. Sin embargo, hay que llamar la atención no sólo sobre las honrosas y encomiables excepciones, sino también sobre una «nueva» profesión, la de los trabajadores sociales, a quienes sus tareas específicas les hacen sensibles y participativos en la problemática de la comunidad.

Desde la vertiente pastoral, el tramo de edad integrado por los tres bloques descritos preocupa, pero también gratifica. Preocupa en la medida en que está afectado por los impactos del secularismo; aunque muchos guardan un recuerdo benevolente de su experiencia eclesial postconciliar (aquella época de los Cursillos de Cristiandad o de los Movimientos Apostólicos, aquella preocupación por encarnar la fe en los problemas del pueblo...), con frecuencia han sido ganados por la indolencia respecto a la práctica religiosa, e incluso se han deslizado hacia la indiferencia o un agnosticismo más o menos explícito. ¡Cuántos niños, hijos de esos matrimonios jóvenes, ya no aprenden a decirle Padre a Dios de boca de sus padres!

Pero también es el tramo en el que el pastor encuentra a las personas mejor dispuestas para ser un motor suplementario que dé marcha a la evangelización. De

él salen catequistas, animadores litúrgicos, militantes del movimiento rural y miembros de los Consejos pastorales para el pueblo o la comarca. Sólo una nube empaña esta satisfacción: que se van haciendo mayores y no se ve claro el relevo.

¿La religión es cosa de mujeres?

La pregunta encierra amargura y un cierto resabio sexista. Amargura porque en ella late, levemente aludida, una constatación: que el número de mujeres que frecuentan el templo y toman parte en los trabajos del Evangelio es al menos tres veces mayor que el de los varones. Resabio sexista, porque esa amargura está amasada con el prejuicio secular que concede primacía al sexo fuerte: si no hay hombres en la Iglesia, se tiene la impresión de que falta lo principal.

Dejando al margen interpretaciones de otro tipo, lo cierto es que se aprecia un evidente desequilibrio entre las personas de uno y otro sexo, en lo que al sentimiento religioso se refiere, si para esta apreciación concedemos valor indicativo a la práctica.

Bien es verdad que la ausencia de varones en muchas otras iniciativas de contenido social, altruista o educativo reviste también caracteres de dimisión colectiva. Da la impresión de que existiera un protocolo secreto según el cual la mujer estaría encargada de resolver, prácticamente en solitario, los problemas educativos de los hijos y de animar las actividades no estrictamente productivas. Esta división sexual de la iniciativa social es particularmente aguda en el mundo rural.

Desde el punto de vista religioso, parece necesaria una intervención en varias direcciones: por de pronto, para valorar positivamente y sin la mentada amargura el que la mujer sea sensible a la participación en la vida religiosa y en las tareas eclesiales; además resulta necesario superar aquella deformación sexista, todavía imperante, por la que todo lo que se relaciona con el sexo femenino sufre una cierta minusvaloración, y sobre este punto también conviene llamar la atención de las generaciones jóvenes; por último, hay que tomar conciencia de que, a pesar de la coeducación, se dan signos de unas sensibilidades excesivamente diferenciadas entre chicos y chicas, con el agravante de que la nivelación se hace en muchos casos a la baja, es decir, son las chicas las que van adoptando modos y maneras más próximas a la tosquedad de que hacen gala muchas pandillas de mozalbetes, en lugar de aproximarles a ellos a la más matizada sensibilidad del sexo femenino.

El sentimiento religioso arraiga allí donde hay un terreno mínimamente abierto a la interioridad, a la contemplación, a la alteridad. La cultura de la tosquedad —sea en su versión adolescente (gritos destemplados, el insulto como saludo, la despreocupación como postura), sea en su versión adulta (la religión, la sensibilidad y sus consecuencias son cosa de mujeres)— no lo favorece.

Son constantes que han de tenerse en cuenta al trazar las metas educativas que cada equipo pastoral va elaborando para sus respectivas comunidades.

La débil red asociativa

La red asociativa laical es muy débil, como se ha hecho notar anteriormente. Han crecido algunos equipos funcionales (catequistas, animadores litúrgicos, visitantes de enfermos...) y se va incrementando el voluntariado para tareas motivadas por la solidaridad; pero la solidez de los movimientos y asociaciones está bajo mínimos.

Las causas hay que buscarlas en la ya citada estructura demográfica de nuestro Aragón rural y en la tendencia dominante a instalarse en lo privado dejando la gestión comunitaria a unos, más o menos improvisados, «profesionales» de la cosa pública. Pero no sólo hay que buscarlas ahí. Nuestros Obispos, en su ya citada reflexión sobre la pobreza, hicieron sendas referencias al individualismo endémico de estos pueblos. Una cuando pretendieron señalar la dimensión más profunda de nuestras pobreza; decían: «Por fin, una *dimensión más profunda* de nuestras pobreza, que ha sido sagazmente señalada como telón de fondo y está en la base de muchas de las situaciones descritas. Nos referimos a las actitudes de insolidaridad e individualismo que todavía perviven en nuestra conciencia individual y colectiva y hacen tan difíciles las reacciones solidarias ante los problemas»⁵. Y cuando quisieron explicitar los retos que comporta la lucha contra la pobreza, señalaban «el reto de la cooperación. Los valores de subsidiariedad, cooperación y corresponsabilidad junto a los de creatividad e iniciativa —todos ellos valores típicos del talento comunitario— son deficitarios en muchos de nuestros pueblos y comarcas y su incremento es imprescindible para salvar nuestra tierra»⁶.

Estamos, pues, ante una tendencia tan típica de nuestro modo de ser que ha sido plasmada con la gráfica imagen del «perro del hortelano»; la insolidaridad y el individualismo transmutados en desafío para el crecimiento de nuestros pueblos. Es algo a lo que hay que hacer frente y, en este empeño, una red asociativa sólida sería un instrumento de suma utilidad. Pero henos aquí, sumergidos en uno de esos fatídicos círculos viciosos: no hay asociaciones porque somos insolidarios e individualistas, pero la misma debilidad asociativa resta armas para luchar contra tales defectos. Así que no hay otra salida que la resistencia frente al fatalismo; a pesar de las evidentes dificultades, hay que emplearse a fondo para fortalecer el tejido asociativo en nuestro Aragón rural. La pastoral de la Iglesia, cuando afronta este reto resistiendo al desánimo, sirve a la evangelización, y con ella a la necesaria revitalización de las más básicas actitudes comunitarias.

Como puede apreciarse por estas indicaciones, la tarea pastoral en nuestros pueblos es verdaderamente compleja. Quien piense que cualquier cosa sirve para hacer pastoral en los pueblos, está equivocado. Ser cura rural reviste una particular dificultad no siempre apreciada, porque a la perspicacia y visión de largo alcance, que es necesaria para abordar los problemas en sus causas, se añaden las dificultades de un medio en retroceso demográfico. Es, sin duda, el más difícil todavía.

⁵ ¿Qué tenemos que hacer?, nº 5.

⁶ Ibid., nº 20,d.

«Mosén, usted ya lo hace muy bien»

A veces estoy tentado a creer que el arraigado sentido funcional o práctico del hombre rural es un obstáculo para la eclesiología de comunión. Nuestras gentes son voluntariosas cuando ven que el cura está agobiado y no llega a todo, pero entienden mal eso de que en la Iglesia cada cual tiene su «ministerio», que ha de ejercitar aunque no resulte funcionalmente imprescindible. ¿Qué falta hace salir a leer, si el cura lee tan bien y con magnífica entonación? ¿Qué necesidad hay de que nosotros le digamos lo que conviene hacer en la Iglesia, si él lo sabe de sobra?

Una mezcla de autosuficiencia clerical y de inhibición laical, dentro del contexto de una eclesiología poco sensible a las categorías de comunión, carismas/ministerios y corresponsabilidad, han dado como resultado esa actitud práctica de acudir a «oir» Misa más que a celebrar el Misterio de la fe. Ya lo he dicho, se echa una mano cuando es necesario, pero más como ayuda personal a este cura tan trabajador y majo que tenemos, que como exigencia práctica del sacerdocio común de todos los cristianos. Por eso, cuando unos feligreses piden que su cura no sea trasladado a otra parroquia, casi nunca está claro si lo hacen movidos por el bien de la Iglesia o por el afecto, sin duda legítimo, que le habían tomado.

No obstante tales modos de pensar, se van abriendo camino algunos equipos de seglares, en las parroquias y también en ciertas comarcas, que poco a poco superan el puro sentido funcional y asumen un incipiente protagonismo eclesial. No siempre se utiliza la pedagogía adecuada para despertar ese ejercicio práctico de la corresponsabilidad y acrecentar el sentimiento de la comunión eclesial; a fin de cuentas, los sacerdotes, lo mismo que sus feligreses, son deudores de parecidos condicionantes. Los más reacios puede que aún piensen que los seglares son mano de obra para la mies del Señor que se les ha encomendado, pero no ven claro lo de colaboradores responsables. Y apoyan sus convicciones en lo que da de sí la experiencia, que ciertamente no es mucho.

Los Consejos de Pastoral van modificando los modos de pensar de unos y otros. Como en el caso de los equipos funcionales, se requiere una pedagogía adecuada que tenga claros, al menos, dos principios: que el Consejo es manifestación viva de la comunión eclesial, la cual afecta al sacerdote tanto como a los laicos; y que importa elegir el itinerario adecuado, ni sólo asuntos de fondo que a más de uno le parecerán teóricos, ni limitarse a poner en marcha unas cuantas tareas prácticas; que no falte la escucha del Espíritu, pero que no se convierta en un retiro espiritual... En fin, de nuevo encaje de bolillos.

La ermita del santo cotiza a la alza

Hay una manifestación de religiosidad popular digna de consideración en estos tiempos secularizados. Me refiero a la masiva adhesión a la romería y fiesta de la patrona o patrón de nuestro pueblo, a la creciente asistencia a estos actos y la es-